

Romancillo de mi muerte

Por mi vivir de amor
 jubiloso y sincero;
 por mi pena transida
 de dolores serenos;
 por mi insignificancia
 —tanta que ni me encuentro—,
 y por mi mente abierta
 a la luz del misterio:
 ¡Señor, cuando me muera,
 en mi temblor de miedo
 o en mi espera apacible,
 pónme, limosna o premio,
 la ilusión sin igual
 de saber que me muero!

FERNANDO BRAVO Y BRAVO

ruta de AZORIN

I

LA vida cotidiana, un paraje, una sucesión de episodios, y aún los grandes hechos y las gestas, son nada, materia prima o barro, que el artista modela y plasma, funde en el crisol de su sensibilidad. El hombre sirve a Dios registrando las cosas que pasan. Así las gestas literarias, que dejan memoria y reflejan el paso de la vida y el paisaje.

Las gestas literarias en España suelen tener un hito andariego. España tiene fértiles ríos de literatura que nacieron al amor de los caminos.

Uno de esos ríos que riegan la sensibilidad española, es la obra de Azorin. Pueblos, valles, riscales y senderos vieron pasar al maestro con su «paraguas de seda rojo de pequeño filósofo». Llamamos a ese curso de bellos decires y grave pensar, la ruta de Azorin.

II

La bética agitación de las altas tierras alicantinas se inicia al sur de Játiva, dejando la montaña verde y la suave colina, para tomar pronto las emergencias rocosas desnudas en abierto horizonte. Se hace sutil el aire y asoma el viñedo y el olivo.

Bocairante amontonado, alucinante. El paisaje, por instantes, le vemos ir adelgazando. Puro gozo de liberación en que la mente da al pensamiento lejanías insospechadas, y las cosas físicas se nos hacen inconsútiles. Grises atenuaciones, diluida música en el aire.

El sol del mediodía en los viñedos nos trae a Bañeres. Bañeres sobre un alcor. En la cima un castillo muy erguido.

Luego, Biar. El castillo de Biar... Empecinado en la colina subyuga su altura. La Reconquista del suelo valenciano por don Jaime alcanza en este bastión de la sierra Mariola su apogeo. Tierras de romance fronterizo. El castillo de Biar era el mejor de aquella frontera. Lo toma don Jaime entre 1252 y 1254, y en los cronicones se lee que, caído en su poder también el castillo de Játiva, todo el Reino, desde el Júcar a Murcia, vuelve a poder de los cristianos.

III

Villena, cabeza del Marquesado, bella historia de un castillo y de un vástago, don Enrique de Aragón, cuya leyenda de nigromancia ilumina los albores del Renacimiento. El castillo llena todo el ámbito visual. El torreón da enorme expresión al paisaje. Azorin se ha quedado absorto ante la belleza impresionante de la fortaleza. Las

dos torres doradas de chapitel—la de Santa María, la de Santiago—brillan al sol. Antonio Azorín y Sarrió vienen de Petrel. El escritor está ya formado y anda por la primera fase de su obra. El paisaje español, como una elucubración, de historia y de pensamiento, se está revelando a él y a otros jóvenes de generación, que sueñan y escriben en Madrid.

IV

A Yecla fuimos ya muchas veces. También supimos descubrirla y sentir en su cabeza la fecunda tristeza del hombre. Hay cosas que no se olvidan nunca. Y Yecla es una. Yecla, pueblo muy grande, hidalgo y claustral; gleba dura, lúgubre y creadora de sueños y generaciones; el «pueblo terrible» de Baroja; la «ciudad adusta» azoriniana; la «ciudad sedienta» de Noel. Todo eso, y yo no sé decir por qué es pueblo predestinado y, desde luego, quizá el más literario de España.

Estas son cosas que se sienten. Tampoco Azorín sabrá decir por qué llegó de Monóvar una tardecica de 1879, y allí estuvo en el Colegio de los P. P. Escolapios hasta 1885, y por qué ese fué el punto de partida para su genial andadura ibérica. Lo cierto es que sobre el cerro de la Magdalena, en el parque y en el aula del colegio, tuvo su atalaya desde la que contemplar España.

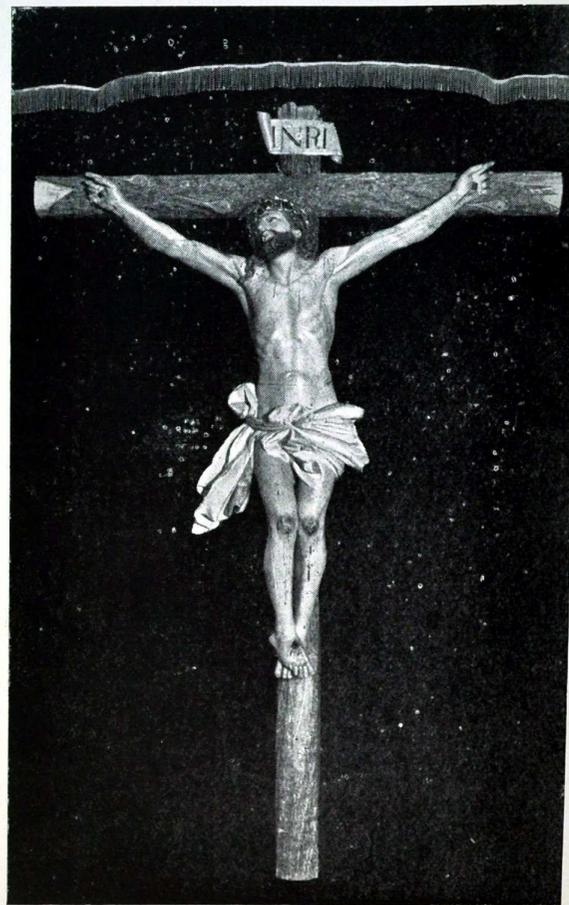
A través del prisma de Yecla verá toda su vida y forjará su obra. El mismo lo dice—sus biógrafos, su apologista estético Manuel Granell—: «en estas calles se forjó mi espíritu».

Con esa perspectiva de castillos, de valles dormidos y de grises lejanías, ¡qué bella es la figura de Azorín con su magistratura de limpia prosa y bello decir! Yo caí en ese encanto yeclano—Azorín y Yecla son lo mismo—en mi juventud. Escuetto estilo y escuetto paisaje.

De aquí manarán alquitaradas prosas de escritores, conjuradas por «La voluntad» y «Las confesiones de un pequeño filósofo». Es un pueblo terrible. Nunca vulgar. Oid decir a Noel: «la brutal hermosura de los cerros yeclanos». Son los enormes mogotes lejanos de roca gris descarnada, que vemos al ir. Yecla de treinta mil habitantes, de fina estirpe murciana, la antigua Elo sobre el monte Arabi; las calles sin fin al sol de la Mancha, la torre de Santa María la Mayor, que es un imposible de poesía.

V

Fronterizo entre Castilla y los Reinos de Murcia y de Valencia, era y es Sax un lamento árabe. ¡Qué oriental el paisaje de Sax! Azorín anduvo bastantes veces enamorado por las callejuelas castizas, empedradas, de rejas voladas y con alguna hornacina, de este pueblo. Le gusta evocar a Castelar, que iba a finales de siglo por el pueblo, en el verano. Todo lo arrebató la belleza del paisaje. Un peñasco—saxum, roca—descarnado, en postura violenta, como un espí-



ALBUM EXTREMEÑO: Cáceres.—Santuario de N.º S.º de la Montaña: Santísimo Cristo de la Salud

nazo tremendo. Y debajo mismo, Sax. Sobre el peñasco dos torreones almenados de un castillo árabe. Ceñido al cerro marcha el Vinalapó, río triste, que tanto se complace en nombrar Azorín.

Desde el balcón de la fonda, en la plaza mayor—de Cervantes desde 1905—, se ve la escarpadura al alcance de la mano, las ruinas del castillo moro, entre la cabellera de unas altísimas palmeras. ¿Por qué siento tristeza ante el pasado árabe? Pájaros, cal y palmas. Soledad. Castelar pasaba los veranos aquí, exactamente en la casa del número siete, casa principal pintada de rosa, de la calle de su mismo nombre, saliente a la plaza. Por el postigo se sale al valle y al Vinalapó.

VI

De súbito un mar tempestuoso de montañas, ingentes picachos que se cruzan y cierran el paso. Es una geología atormentada, patética; algo así como una música apasionada que no oímos.

Por entre estas montañas hemos llegado al valle de Elda, tan cantado por los poetas. En todos estos pueblos advertimos el drama lejano de la Reconquista. Las fiestas más señaladas son las de «moros y cristianos», celebradas con rica sensualidad. Se nos antoja así la Reconquista una sucesión de pequeñas batallas o escaramuzas. Pero siempre es un pasado que cantan con nostalgia los poetas de estos valles. El valle de Elda, es una sonata de verdores y cumbres.

La ruta azoriniana sigue el curso del Vinalapó, que en Elda besa las ruinas de un alcázar. Es fama que en este alcázar moró un tiempo la mujer de Pedro IV el del Punyalet, regalada con la hermosura del paraje y de la obra de sus alarifes. Sibilia de Fortiá vivió rodeada del fausto de una corte en este castillo de Elda... Bella historia de ingenuos vates provincianos, que ven a aquella reina escuchando madrigales a sus trovadores desde un ventano del torreón.

De aquel alcázar son estas ruinas melancólicas, que parecen continuar las escombreras de la falda del cabezo. El mal llegó con la hinchazón industrial de Elda, con la dinamita. Se desmoronaban los peñascos... Ni una mano que ataje el furor del hombre... Castelar, en sus «Recuerdos de Elda», llora las ruinas, y, ante el peligro de desaparición, dice: «Si ha de ser así no me lo digáis; prefiero ignorarlo».

Azorín está en la primera etapa de su obra. Aún está lejos su aséptica contemplación de las cosas, su análisis de la sensación, su subjetividad. No es «el pequeño filósofo» que él cree ser. Ve las cosas desde fuera, objetivamente. El encanto de su visión está en la emoción de descubrir unos pueblos, unos paisajes. El nos va diciendo con su estilo escueto como es España. Antonio Azorín, como luego haría Sigüenza con Miró, va de su mano, con otro buen señor de Petrel.

Así se va formando, hiriendo, la sensibilidad del egregio escritor. Porque no es sólo el hombre de ciencia. Azorín es ciencia y sensibilidad. Esto es lo rico y delicioso de su obra.

Petrel, a media hora de Elda, queda al pie de cerradas montañas que invaden el cielo. El castillo es otra nota árabe de tristeza. La prosa del escritor tantea calles y casas con morosa delicia.

Luego vendrá Monóvar, donde empieza y termina la ruta alicantina. De pueblo a pueblo hay poca distancia. Y es entre Monóvar y Yecla donde está todo el orbe azoriniano. El niño José Martínez Ruíz ha ido en carro desde la casona natal, en Monóvar, a Yecla. Quedará como alumno interno en los Escolapios. Nos hablará de sus melancolías de niño cautivo que todo lo presiente.

Mira la lontananza gris de retorno a Monóvar. El pueblo aparece al otro lado de una asomadilla. ¿Qué joven iniciado no se detendrá a soñar entre los olivos del camino?

RICARDO DE VAL



Tres escritores extremeños (Micael de Carvajal, José Cascales Muñoz, José López Prudencio)

Por FRANCISCO ELIAS DE TEJADA

Volumen octavo de la Colección de Estudios Extremeños (Sección de Literatura), publicados por los Servicios Culturales de esta Excelentísima Diputación Provincial

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS DE CACERES

“La Sangre de la Raza”

Al genial novelista extremeño, Antonio Reyes Huertas en la fiesta de su homenaje.

Me preguntan, por qué este libro me encanta. Por qué leo y releo *la Sangre de la Raza*.

Por su brillante prosa sobre cristal tallada, donde fulge la imagen como encendida araña del salón, donde honran la lengua castellana.

Por pintar el paisaje en acuarela mágica con rumores de arroyos y perfume de jaras y balidos de ovejas y mujidos de vacas y coplas de yunteros labrando la besana.

Por los tipos que van animando sus páginas, tan humanos, tan vivos, que se salen del área del libro, y por la vida al lector acompañan y a pasear le invitan

por aquel Torrealta, bulliciosa en su típica fiesta La Candelaria o en sus tranquilas horas de vida cotidiana.

Por ese graciosísimo boticario que habla con sentido, de todo lo que en el pueblo pasa; filósofo que lleva su ciencia a la palabra.

Por Frasco, el cortijero, de La Milllona, guarda; sabio en cuentos refranes y en gramática parda, que adora al señorito, como adoró a su ama.

Por los hombres humildes criados de la casa, que tienen sus quehaceres limpiando las senaras, pastoreando ovejas, ordeñando las vacas, talando las encinas o cazando alimañas.

Por César de Medina.